

Allende é Hidalgo, para engrosar su pequeña fuerza, circunstancia que ningún escritor niega, ni el mismo Alamán, y para asegurar las personas de los españoles, ir antes que dar soltura a los presos de la cárcel, á buscar humildes hermanos de alguna cofradía, ó bien ejércitos disciplinados? Dígase igualmente, si en un movimiento en que por la razón antedicha, no podía tomar parte una tropa reglada, sino únicamente el pueblo, ese pueblo en que por desgracia, como con exactitud dice también el propio Don Lucas, y nótese de paso que de ese miserable estado no eran responsables los caudillos de la independencia, sino única y exclusivamente el gobierno peninsular, de modo que en esta vez consultaba el fruto de su necia política, la religión estaba casi reducida á meras prácticas exteriores, en que muchos de sus ministros, particularmente en las poblaciones pequeñas, estaban entregados á la vida más licenciosa: cuando el vicio dominante en la masa de la población es la propensión al robo etc., dejaría de haber el desorden que se lamenta? y dígase, por último, si en horas de tanta agitación y premura habría sido posible proporcionarse para la cómoda conducción de los españoles, los arrogantes corceles ó bien doradas carrozas? Por fortuna, en orden á los dos primeros cargos, esto es, que se puso en libertad á los presos y el saqueo, que es lo que justamente merece refutación, por versarse en ellos la delicadeza y honor de nuestros caudillos, podemos decir sin temor de equivocarnos,

nos, que si los presos fueron puestos en libertad y en seguida se adhirieron á las filas de los independientes, no fué por orden de Allende é Hidalgo, sino por la misma plebe, conmovida fuertemente desde que entendió el objeto de la revolución y la imposibilidad de darle á ésta de otro modo, más aparato: y que no hubo robo alguno en las casas de los españoles, pues apenas supo Allende, que se intentaba, se apresuró á evitarlo, como lo hizo después en esta ciudad y en otras, todo lo cual puede comprobarse con el testimonio unánime de los antiguos vecinos del pueblo de Dolores, y á lo que vencidos por el ascendiente irresistible de la verdad, han confesado aun los propios enemigos de Allende, como más adelante lo veremos: de manera que el Congreso que fijó para aniversario de la voz de independencia de México el diez y seis de Septiembre, no debe ser deturpado como lo pretende el historiador, que queda citado, pues las razones que aduce no pasan de gratuitas y de sentidamente declamatorias.

Por otra parte, ¿olvidaba también el señor Don Lucas Alamán, que en esta clase de revoluciones no debe atenderse á los males que accidentalmente se causan, sino sólo al principio que los origina y á sus últimos resultados? ¿cuál fué, pues, el pensamiento de Allende y de sus colaboradores? uno: la independencia de su patria, ¿cuál el resultado? el logro de esa independencia. Ahora, si desde ese mismo año de 1810 hubo criollos harto

estúpidos y miserables, que lejos de ir á rodear la hermosa bandera de la libertad, corriesen á lamer los pies de sus opresores, redoblando de esta manera las cadenas que sus hermanos intentaban romper; si desde entonces también empezaron á cometerse, así por parte de los insurgentes como de los realistas graves faltas y aun graves crímenes, pues nadie ignora que del año de diez al de veinte y uno, en que se consumó la independencia, tuvieron lugar y se repitieron con frecuencia, si bien la ventaja en esta línea estuvo siempre de parte de los españoles, como que era mayor el número de sus tropas y por consiguiente, su poder, los asesinatos, los robos, los incendios, las traiciones, las enemistades, los odios y todas sus terribles trascendencias, sin referirnos á los campos de batalla, teñidos innumerables veces de sangre, siempre mexicana; si hecha ya esa independencia, y mucho antes del tiempo en que pudiera disfrutarse la paz como un premio debido á tanta constancia y á tantos sacrificios, aparecieron en el seno mismo de la naciente república, un partido enemigo de toda clase de innovaciones, descontentadizo por temperamento y con inclinaciones muy marcadas al servilismo; miserable, porque aún querría estar uncido al carro de su antiguo amo el rey de España; vil, porque no conoce cuán bella es la libertad; ingrato por que en nada estima el sacrificio inmenso de los que murieron por hacernos libres; bárbaro, porque para él sería indiferente que corrieran nuevos arroyos de

sangre, aunque fuese de sus propios hermanos, si tanto como eso fuese necesario para volver al yugo español; y ridículo también porque cuando en todas las naciones civilizadas se aspira á la libertad republicana, como observa él clama aún por el gobierno de los reyes: otro inquieto y exigente, en demasía, que desentendiéndose á lo que parece de que el Supremo Hacedor del universo quiso que fuese en lo social la vida de los pueblos, lo mismo que la del hombre, en lo individual, esto es, que así como éste tiene su niñez, su pubertad, su virilidad, su senectud, y por último, su decrepitud, y en cada uno de estos periodos así en lo físico como en lo moral, su mayor ó menor grado de fuerza, así también lo tienen aquéllos, siendo no solamente inútiles en uno y en otro caso, sino también funestos los esfuerzos que se hagan para invertir el orden que á dichos periodos se les ha señalado: ha intentado levantar á México de su niñez, pues no puede ser para ella otra cosa su independencia de menos de cuarenta años, al rango que podrá convenirle en su virilidad, que tampoco podrá adquirirla sin el transcurso de muchos años, ocasionándole con este motivo hondos trastornos y la debilidad que á ellos es tan consiguiente como natural, que hoy pide la enseñanza libre, la facultad en el pueblo para reunirse donde quiera y para expresar como quiera sus opiniones, respecto de la administración pública, mañana la libertad absoluta en la imprenta, la inmigración de toda clase

de extranjeros y pasado mañana la tolerancia de cultos, cual si fuera indiferente, ó mejor dicho, cual si fuese un espectáculo hermoso en una sola nación, la mezcla de templos y altares elevados unos por la verdad más pura y luminosa, y los otros por el error más negro y lamentable; que aun lo grado su objeto en esta parte, si se le preguntara si ya estaba satisfecho, acaso contestaría que aún faltaba en México la costumbre de suicidarse mil y quinientos ó dos mil hombres al año como se usa en las naciones civilizadas de Europa y otro, por último, que aunque templado en sus ideas, ni bien avanza ni bien retrocede de manera que parece ser su misión, ó sea su sistema, ver venir las cosas y aprovecharse de las circunstancias con cuyo motivo por su cuenta siempre estarían enervados los grandes elementos de prosperidad en que abunda la república, si también desde la independencia acá, como resultado de esta misma división en las opiniones, la nación ha estado en perpetua lucha y la mayor parte de nuestros gobernantes, si no por maldad, á lo menos por torpeza, han hecho más difícil el remedio de estos males, es también indudable que á pesar de ellos existen estos dos grandes hechos: la libertad y la independencia, y que ambas cosas se deben á los esfuerzos y heroicos sacrificios de Allende y sus compañeros, que es lo que basta para justificar el aniversario que de ellos hace la patria y los elogios que les tributa sin que pueda estorbarlo ni ahora ni nunca los desaciertos que

se hayan cometido, pues como decía Balmes, "que estos ó aquellos hombres no se hayan regido por la idea, que no hayan correspondido á la institución, nada importa si la institución ha sobrevivido á los trastornos, si la idea ha sobrenadado al borrascoso piélago de las pasiones. Entonces, continúa, el mentar las flaquezas, las miserias, la culpa, los crímenes de los hombres, es hacer la más elocuente apología de la idea y de la institución." y como decía también Lamartine, si las revoluciones son el resultado de una idea moral, de una razón, de una lógica, de un sentimiento, de un deseo dirigido, aun cuando fuese sordo y ciego, á un orden mejor de gobierno y de sociedad de un sér de desarrollo y perfección en las relaciones de los ciudadanos entre sí; si son un ideal elevado en vez de ser una pasión abyecta tales revoluciones manifiestan aun en sus catástrofes y en sus extravíos, cierta juventud y cierta vida que prometen á las razas largos y gloriosos períodos de crecimientos. Pero pongamos ya término á esta larga digresión, que sólo pudo ocasionar el disgusto profundo que siempre nos han causado los términos injuriosos y verdaderamente cáusticos con que á más de desviarse de la verdad y la justicia, ha referido Don Lucas Alamán los primeros sucesos de la independencia y la manifestación que hace de sus reflexiones con ese propio motivo.

Decíamos, pues, que hecha la prisión de los españoles en Dolores, que lo eran don Francisco Santelises, Don

Toribio Casillas, Don Manuel Delesa, Don Joaquín Delesa, Don Francisco Frigoyen, Don Mariano Gatica, Don Buenaventura Gil de Arrivoleño, Don Juan Bustamante, Don Juan Lecanda, Don José Antonio Larrinúa, Don Alejandro Malanco, Don Luis Marín, Br. Don Francisco Bustamante y cinco más, cuyos nombres no hemos podido saber con certeza, á los que, como queda indicado, se les dijo lo mismo que al subdelegado, sin que hubiesen presentado resistencia ni hubiera más heridos que Don Antonio Larrinúa, y esto no por la gente que traían los caudillos, sino por un tal Exiga, que ébrio y con cinco ó seis léperos que reunió por sí, fué con anticipación á su casa, más bien que á aprehenderlo, con el fin de herirlo en venganza de algunas veces que lo había puesto en la cárcel el referido Larrinúa, siendo Alcalde, por lo que permitieron Allende é Hidalgo que se quedase en su casa á curar, se dirigieron á las casas consistoriales, en las que pusieron interinamente á los presos con centinelas de vista, si bien con libertad de hablar con sus familias.

Dado este primer paso, que concluyó como á las ocho de la mañana, Allende é Hidalgo, colocados en medio de la plaza, en la que con motivo de ser domingo y haberse sabido con mucha prontitud los sucesos de la noche anterior, era grande la concurrencia, manifestaron tomando al efecto la palabra el cura Hidalgo, pues Allende nunca quiso expresar cosa que no fuese conforme con sus verdaderas ideas,

que se temía mucho que los españoles residentes en estas Américas se pusieran de acuerdo con los franceses, que, según noticias, intentaban destruir la religión católica y que por vía de precaución se les había reducido á prisión á los de aquel pueblo; que además, su gobierno era opresor y tiránico, por lo que ya se habían hecho insostenibles; que él, Allende y Aldama y sus demás compañeros irían á México para ver cómo se arreglaban las cosas y que pronto daría la vuelta á su curato, del cual nunca habría pensado salir sin los compromisos que había contraído: á todo lo cual nada contestó el pueblo que lo rodeaba, ó porque no lo entendió, que es lo más cierto, ó porque sospechó que otras eran las intenciones de su cura, bastándoles comprender suficientemente que se trataba de aprehender españoles allí y en todas partes y de establecer un nuevo gobierno. De estas masas populares, se desprendían incesantemente muchos hombres de á pie y de á caballo, para agregarse al número de los independientes de modo que para eso de las diez ó diez y media de la mañana, ya pasaba su número de seiscientos; pero ninguno estaba armado y ni aun con la prevención necesaria para caminar, porque muchos de ellos eran rancharos, que sin antecedente alguno, habían venido al pueblo á oír misa y comprar su recaudo, como tienen de costumbre, y ni aun tiempo tenían para volver á su casa. Por eso Allende, que sabía lo que traía

entre manos, como militar, pensaba reducir desde allí mismo el número de los que se presentaran voluntariamente, considerando que no había dinero para pagar á todos los que ocurrieran y que con semejante brosa, lejos de poder sostener un combate, llegado que fuese el caso, tendría que bregar con ellos inútilmente, por su absoluta falta de disciplina y más bien que robustecer debilitar así su empresa, mas ya fuese por complacer á Hidalgo, que calificaba necesario el aparato de la muchedumbre, ya porque le era muy duro rechazar el auxilio de tantos hombres que desde luego comenzaron á conocerlo como su libertador (1) convino, aunque muy á su pesar en que fuesen recibidos cuantos quisieran adherirse á su partido.

A las once de la propia mañana de ese memorable diez y seis de Septiembre, salió Hidalgo de Dolores para esta ciudad y no para la villa de San Felipe, como lo da á entender don

(*) No solo en esta ciudad y en Dolores se reconoció á Allende en el año de 8ro como el verdadero gefe de la independencia sino aun en puntos bien distantes como lo indica la carta que á continuación se copia; ella como otra que le antecede fué inserta pr. D. Lucas Alamán, en el apéndice del tomo primero de su historia con solo el objeto de ridiculizarla por su redacción y falta de ortografía; p^o esto no importa si como parece es conducente al fin que nos hemos propuesto, dice así: Sor. Gobernador de la Provincia de Xilotepec: Hacienda del Cazadero y Nov. 23 de 1810— Muy Sr. mio: de parte de el Exmo. Sor. D. Ignacio Allende; suplico á Ud. junte toda su jente p. el día de mañana remitiendola á disposición de los Señores Mendieta de la Hacienda de Xuchitlan teniendola prevenida q luego q se les avise p que

Carlos Ma. Bustamante en su cuadro histórico, al frente de su mal vestida y peor armada tropa, en cuyo centro venían los presos, no habiéndolo acompañado Don Ignacio Allende, ni Don Juan Aldama, por que desde temprano, sabiendo lo que pasaba, había ido á verlos su amigo el señor Don Miguel Ma. Malo, hermano de Don Luis y de Don Manuel María, de quienes ya hemos hablado, y que como también lo hemos dicho, pertenecía á la junta de independencia de esta ciudad, y los tres con algunas otras personas se propusieron salir después y alcanzarlo en la casa de la Hacienda de la Erre, dos leguas distante de Dolores. conforme á lo que todos habían arreglado. Allí, porque en la expresada casa estaba de temporada con su familia el señor Malo, se les dió de comer á Allende, á Hidalgo, á Aldama, y demás jefes, á los españoles que venían presos y á muchos de los que aunque aun no se les había concedido ninguna graduación militar, se les consideraba por amistad ó solo por su pa-

vamos á dar un ataque á los Gachupines en Hüichapam con 6 hombres entendidos de q ia su C. con sus quatro Exercitos esta pronto p. dar ataque p el otro lado y tiene tambien á nuestro favor D. Manuel de la Estancia grande con 4 hombres flecheros respondame Ud. á lo mas pronto que pueda y mande lo q guste á este su servidor q. S. M. B.— José Mariano Anaya.

Advierte D. Lucas Alamán, que “se han conservado los errores de ortografía que se notan en el original, que hacen conocer la clase de sugeto que era el autor.”

Nosotros añadiremos, que si la carta hace conocer al autor la nota hace conocer al historiador.

triotismo. En el entretanto se había reducido también á prisión por orden de Hidalgo, á un español apellidado Peniche, que pobre y sin destino fijo, pasaba el tiempo en ayudar á despachar al cajero de la tienda de la Hacienda; y por supuesto que habría corrido también la suerte de sus paisanos, pero dos motivos hubo para que Allende lo pusiera en libertad, la recomendación de los señores de la casa y ser dicho español deudo de Camuñes, mayor del Regimiento de la reyna de esta ciudad, pues desde luego se aprovechó Allende de esta circunstancia para encargarle que en el acto viniera á hablarle al expresado Camuñes, manifestándole que el mejor partido que podía tomar en favor de su persona, de las de sus paisanos y de toda la población, era no oponer resistencia, fuesen cuales fuesen las órdenes que recibiera de sus jefes á la entrada de las fuerzas independientes: que como veía (Peniche), eran ya muy considerables que por momentos se iban aumentando, y que lo mejor sería no sólo no hacer resistencia, sino insinuar al Regimiento toda la conveniencia de adherirse también á la insurrección, que de su cuenta corría la defensa de los españoles, no obstante la necesidad que había de pronto de reducirlos también á prisión, y por último, que procuraría entrar aquí al anochecer, porque á esta hora era bastante tarde para evitar la vergüenza que siempre origina una prisión y muy temprano para poder impedir los desórdenes á que su entrada podría dar margen.

Peniche salió de la Erre y poco después Allende, Hidalgo, Aldama y la muchedumbre que los acompañaba, volviéndose á detener en el Santuario de Atotonilco, donde los dejaremos para ver mientras lo que pasaba en esta ciudad.

Desde muy temprano, en ese día supo Don Manuel de las Fuentes, por conducto de Lizondo, su administrador en la hacienda de Santa Catarina, sita en jurisdicción de Dolores, á cuyo pueblo había ido á oír misa, la prisión de los españoles, y aunque de pronto no le dió crédito y antes bien, imaginó que los prisioneros eran Allende é Hidalgo, según las órdenes que sabía, habían venido de Querétaro, se convenció al fin por las diversas noticias que traían todos los que de aquel rumbo venían, y sobre todo, por la que le dió Peniche, que no podía ser más segura. En tal concepto, se dirigió inmediatamente á la casa de don Narciso de la Canal, que era el coronel del Regimiento de la reyna, de esta ciudad, y comunicándole lo que sabía y que tampoco ignoraba Canal, porque desde á las once de la mañana había recibido un parte verbal del subdelegado de Dolores, le preguntó qué deberían hacer él y sus paisanos, entendido que todos estaban dispuestos á defenderse hasta el último extremo, según había oído decir, fueran cuales fuesen las fuerzas de Allende é Hidalgo, lo que disgustó á Canal, pues más que consulta parecía notificación, la que se le hacía, y por lo tanto, y sin disimularle sus sentimientos, le contestó que una

vez que todos estaban resueltos á defenderse, lo hicieron sin contar con el Regimiento, porque él mismo no sabía el verdadero sentido en que se llamaba, si bien debía suponerse sería en favor de los insurrectos por estar al frente de éstos Allende, cuya influencia en la tropa era bien sabida, y que si él (Fuentes), quería refugiarse en su casa, lo cual nada tendría de particular por sus relaciones de afinidad, puesto que estaba casado con una hermana suya, lo hiciera á la hora que quisiera, lo mismo que cualquiera otro español, ofreciéndole que para la seguridad de sus personas interpondría con Allende sus relaciones de amistad y no su autoridad, que creyó perdida desde el momento en que supo la voz de independencia, que había dado en Dolores.

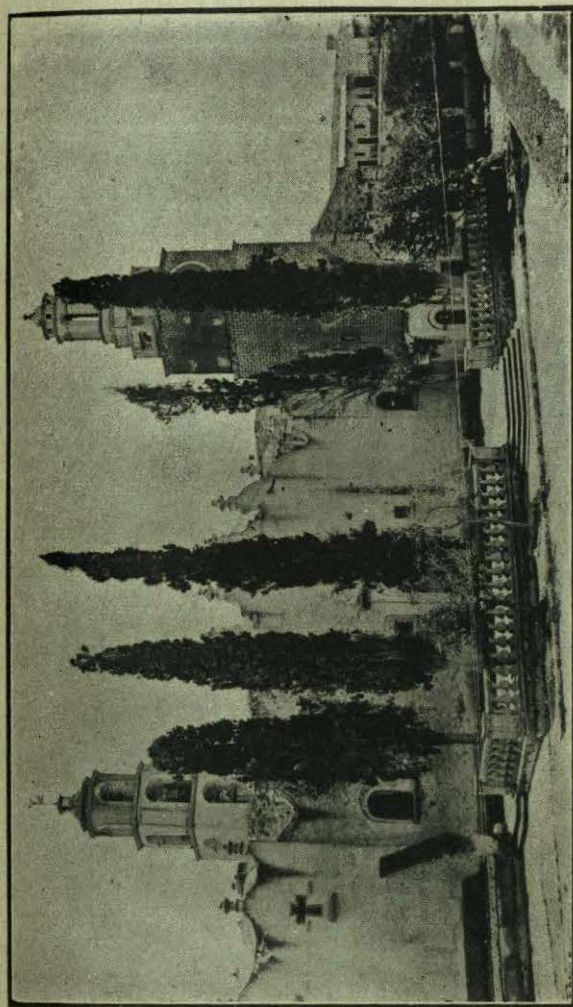
El expresado Don Manuel se aprovechó de la oferta, quedándose en la casa de Don Narciso, pero citado por una junta de españoles que en aquella hora debía tener lugar en las casas reales, como entonces se les llamaba sin que hasta ahora hayamos podido saber á punto fijo quién la promovió, tuvo que salir y de aquella no volvió, sino hasta el fin de la tarde. Como se ve, por poco que se reflexione la conducta de los españoles fué desatinada, pues lo más conveniente habría sido ponerse exclusivamente bajo la protección del Coronel Canal, quien les prestaba el auxilio que le pedían, ó no; si lo primero, ellos contaban con una protección poderosa, que tal habría dado por resultado lo que sucedió muy

luego la división de los criollos, que tan útil les fué á los españoles; y si lo segundo, todo el mundo hubiera aprobado su resolución de defenderse, porque no les quedaba otro arbitrio; mas sea de esto lo que fuere, ellos comenzaron á reunirse en dicho edificio, desde á la una de la tarde, y como lo había anunciado Fuentes, se acordó en la junta que cada uno se presentara con las armas que pudiera, dejando abandonadas sus familias, y sin contar con ningún criollo para la defensa, aun cuando fuesen dependientes ó criados suyos. Fácil es comprender el trastorno y el movimiento que habría en la casa de los españoles, pues en el resto de la población, ó no se sabía ó no se creía en la venida de Allende, y se conservaba aparentemente la tranquilidad.

Los españoles que había aquí eran los siguientes: el citado Don Manuel Marcelino de las Fuentes, Don Francisco de las Fuentes, Don Tomás Ignacio Apesteguía, Don José Antonio Apesteguía, Don José Garita Celaya, Don Domingo Garita Celaya, Don Domingo Berrio, Don José Landeta, Don Pedro José de Lambarri, Don Domingo Lambarri, Don Manuel Lambarri, Don Francisco Orrantia, Don Marcos Conde, Don Domingo Conde, Don José Arronis, Don Pedro Bellojin, Don Francisco Lejarza, Don Pablo Lejarza, Don Manuel Cabrera, Don Sebastián Aguirre, Don Domingo Zavala, Don Juan Berasueta, Don Domingo Marañón, en

la quemada; Don Ignacio Ibarrola, Don Juan Arabia-Urrutia, Don José Urrutia, Don José Arroyo, Don José Güicochea, Don Juan Soto, Don José Aguirre, Don Juan Isasi, Don Manuel Isasi, Don Pedro Jiménez de Ocón, Don Francisco Gutiérrez, Don Manuel Gutiérrez, Don Benito Sanfuentes, D. Domingo Miranda, Don Vicente Barros, Don Vicente Gelati, Don José Bonachea y Don Francisco Camuñez, que, como se ha dicho varias veces, era mayor del Regimiento de la reina: y todos, á excepción de tres ó cuatro que porque ya sabían el movimiento de Dolores, ó por casualidad, se habían ido á sus haciendas, como fueron los Lambarris y Orrantia, de Don Marcos del Conde, que se fué para su casa, donde se encerró en unión de su familia, con ánimo de no abrir á nadie hasta que pasaran los primeros sucesos, y Don Manuel de las Fuentes, que se volvió á la casa de Don Narciso, se prepararon cada cual con las armas que pudo, de preferencia con las de fuego, y abrieron los balcones de las casas consistoriales, que todos miran á la plaza, y después de cerrada la puerta del saguán, ya no volvieron á salir, sino en clase de prisioneros, como pronto veremos.

Era ya tarde y Allende, que había dado orden de que ninguno de los que lo acompañaban se separase ni adelantase, tampoco se disponía para llegar á esta ciudad: mas en tanto que lo verifica, diremos alguna cosa respecto de la Imagen de Nuestra Señora



SANTUARIO de ATOTONILCO. Templo donde efectuó su matrimonio el Excelentísimo Señor General Don Ignacio de Allende, y de donde tomaron la Virgen de Guadalupe que sirvió de estandarte á las tropas insurgentes.

ra de Guadalupe, proclamada en esa ocasión.

Don Lucas Alamán dice que al pasar por el Santuario de Atotonilco, Hidalgo, que hasta entonces no tenía plan ni idea determinada sobre el modo de dirigir la revolución, vió casualmente en la sacristía un cuadro de la Virgen de Guadalupe, y que creyendo que le sería útil apoyar su empresa en la devoción tan general á aquella santa imagen, lo hizo suspender en la asta de una lanza, y vino á ser desde entonces el lábaro ó bandera sagrada de su ejército: "otros suponen que ambos caudillos, Allende é Hidalgo, entendiendo que era necesario excitar al pueblo con palabras relativas á sus más vivos sentimientos, así en lo religioso como en lo político, convendría victorear á dicha imagen de Guadalupe, dirigiéndose de preferencia á los indios, cuya raza es abundante en este Estado de Guanajuato, y lanzar el grito de mueran los gachupines, particularmente entre la gente que entonces llamaban de razón, la que por los motivos que dejamos indicados y comprobaban los hechos, odiaban aquel nombre, que generalmente se daba á los españoles. El relato histórico y la suposición son absolutamente falsos, aparte de la injuria que envuelven respecto de Hidalgo y Allende, pues aun cuando su inteligencia en punto de religión y política no hubiera sido sobresaliente, ambos tenían sin duda la precisa para conocer de á legua lo injusto y ridículo de semejante ocurrencia. Lo que sucedió, según nos lo ha

referido la señora doña Juliana González, hermana del padre Don Remigio González, que á la sazón era capellán de dicho santuario, y que vive aun, es lo que sigue: que mientras los expresados Allende, Hidalgo, Aldama, Abasolo, etc., etc., tomaban chocolate en la sala, no habiendo ido ni teniendo motivo para ir á la sacristía, ni aun el de la curiosidad, por ser bien conocido de todos el santuario, uno de los rancheros de aquella multitud, pidió una estampa de Guadalupe, á Doña Ramona N. . . ., que vivía como otras, con el nombre de beatas en la propia casa (cuya institución tuvo origen desde los días del Pe. Alfaro, su fundador), la que, en efecto, le dió; que vista por otros que lo acompañaban, la pusieron en una asta, no de lanza, sino de un tendedero de ropa que había en el patio, y que salieron con ella gritando ¡viva Nuestra Señora de Guadalupe y mueran los gachupines. La misma señora dice, que al oír aquel estrépito y clamoreo, salieron Allende é Hidalgo, con el padre capellán y otros, y que su intención desde luego fué recoger la imagen, pero que, atendiendo al entusiasmo que se apoderó de aquellas gentes, y que se aumentaba con la presencia de ellos, no obstante su silencio, se volvieron á la sala, juzgando que aquella devoción y aquel entusiasmo sería momentáneo, lo cual no sucedió, pues desde entonces, así aquella multitud como las partidas que la siguieron en la insurrección, conservaron por algún tiempo la costumbre de llevar consigo y vitorear alguna ima-

gen de Guadalupe. Qué lejos estarían los jefes de la independencia de imaginar siquiera que un acto de tolerancia exigido imperiosamente por las circunstancias, les había de valer algún día entre sus compatriotas una calificación y una crítica tan mezquina como tan deshonrosa! pero volvamos á nuestro asunto.

Allende y Aldama, que en la víspera habían salido de esta ciudad para el pueblo de Dolores con el mayor apresuramiento, volvían ahora con la mayor lentitud que les era posible, consecuentes con el propósito que tenían y dejamos manifestado, de hacer su entrada hasta el obscurecer. En efecto, nada la oración, se advirtió un extraordinario movimiento en las primeras calles por donde entraban los insurgentes, que era por el barrio de San Juan de Dios, las conocidas hoy por los nombres de 3a. de Santa Ana, de Vulcano y Rojas de la Concepción. Al salir de esta y dar vuelta para la de Canal, que desemboca en la Plaza de Armas, el gentío ya era inmenso, y de todas partes salían los gritos de ¡vivan nuestros generales Allende, Hidalgo y Aldama! y ¡mueran los gachupines!, que no dejaron de repetir allí y en distintos puntos, después, hasta bien entrada la noche. Muchos ignoraban todavía la causa de aquella especie de tumulto, principalmente por los barrios de San Antonio Guadiana, del Chorro, etc., distantes todos del teatro de aquellos sucesos, pero como seguía el estruendo por las calles y se hacía más alarmante por el toque continua-

do de la campana mayor de la parroquia, sita al frente de las casas consistoriales, y eran encontradas las noticias que corrían, pues unos decían que estaban entrando los franceses, otros que traían presos á Allende y Aldama y otros que se había levantado la plebe en masa, sin que se supiera por qué ni para qué, afluían de todas partes con dirección á la plaza, donde por último, todos sabían lo que realmente pasaba, y, ó se volvían á sus casas menos agitados, ó quedándose, aumentaban el desorden y la confusión, noche verdaderamente triste, porque aunque todos, ricos y pobres, sabían la poderosa influencia de Allende en la población, conocían sus generosos sentimientos y su valor, apenas comparable, todos también sabían y conocían igualmente que debiéndose ocupar de preferencia de la conservación de la vida de los españoles que traía de Dolores, y prisión de los de aquí, que como hemos visto, se habían reunido y fortificado en las casas consistoriales, no era posible que atendiera á todo con buen éxito y que exaltada la plebe más allá de lo que ya estaba, no era difícil que hubiera un saqueo general y en él y por él se cometieran muchos asesinatos y otros graves desórdenes. Por fortuna no fué así, pues como Allende lo había previsto y prometido ocurrió á estos males y los evitó, hasta donde fué posible.

Detenido un momento con los demás jefes de aquella muchedumbre que lo rodeaba y que pedía á los españoles dispuso, para asegurar á éstos, y para

darle de una vez término á aquel bullicio, ponerlos siempre en calidad de presos en el Colegio de San Francisco de Sales, que á la sazón se hallaba desocupado, por estar los colegiales en sus vacaciones, y hacia él se dirigió, facilitando el paso y moderando los gritos del pueblo por medio de alocuciones sencillas y amistosas.

Puestos en seguridad los españoles de Dolores, cuya guarda se le encomendó á Don Juan Aldama, pasaron Allende é Hidalgo á aprehender inmediatamente á los de aquí, y al efecto, y sabiendo ya que la mayor parte los aguardaban armados en los consistoriales, marcharon para este punto, sin más apoyo que su resolución ni más defensa que la de sus armas. Sin embargo, estaban ya en la puerta del zaguán, el doctor Don Francisco Uraga, cura propio de esta ciudad; el Pr. Don Manuel Elguera, de la congregación del Oratorio de San Felipe Neri, y otros eclesiásticos, y todos suplicaron á Allende que ya que no se pudiera evitar la prisión, se hiciera con el mayor orden que fuera dable, atendiendo á las innumerables desgracias que se originarían verificándola por la fuerza: á lo que contestó que su ánimo era hacer la aprehensión á todo trance, pero que sólo haría uso de sus armas en el último extremo; que ellos mismos les hablaran á los españoles, manifestándoles las ventajas que les resultarían de rendirse en el acto, así como que su muerte sería segura, si no por su voluntad, que estaba muy lejos de tener, sí por el pueblo, que como